





COLECCIÓN POPULAR

770

EL DESPERTAR DE LA POESÍA



ANTONIO MACHADO

# El despertar de la poesía

*Selección y prólogo*  
LUIS GARCÍA MONTERO



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2020

---

Machado, Antonio

El despertar de la poesía / Antonio Machado ; selec. y pról. de Luis García Montero. — México : FCE, 2020

77 p. ; 17 × 11 cm — (Colec. Popular ; 770)

ISBN 978-607-16-6619-2

1. Poesía española 2. Literatura española – Siglo xx I. García Moreno, Luis, selec. II. Ser. III. t.

LC PQ6623

Dewey 861M314d

---

*Distribución mundial*

Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar

D. R. © 2020, Fondo de Cultura Económica  
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México  
[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)  
Comentarios: [editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)  
Tel.: 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-6619-2

Impreso en México • *Printed in Mexico*

## ÍNDICE

<i>Prólogo</i> , por Luis García Montero . . . . .	9
La personalidad de Antonio Machado . . . . .	9
La aventura poética . . . . .	18

### SOLEDADES

El viajero . . . . .	25
<i>He andado muchos caminos...</i> . . . . .	27
En el entierro de un amigo . . . . .	29
Recuerdo infantil . . . . .	31
<i>Yo voy soñando caminos...</i> . . . . .	32
<i>Sobre la tierra amarga...</i> . . . . .	33
Campo . . . . .	34

### CAMPOS DE CASTILLA

Retrato . . . . .	35
Campos de Soria [fragmentos] . . . . .	37
A un olmo seco . . . . .	40
<i>Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería...</i> . . .	42
A José María Palacio . . . . .	43
Los olivos [fragmento] . . . . .	45
Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido . . . . .	48

Proverbios y cantares [fragmentos] . . . . .	51
Consejos . . . . .	54
A don Francisco Giner de los Ríos . . . . .	55

#### NUEVAS CANCIONES

Apuntes [fragmentos] . . . . .	57
Proverbios y cantares [fragmentos] . . . . .	59
El amor y la sierra . . . . .	62
<i>Esta luz de Sevilla</i> . . . . .	63

#### DE UN CANCIONERO APÓCRIFO

Primaveral . . . . .	64
Rosa de fuego . . . . .	65
Nel mezzo del cammin <i>pasóme el pecho...</i> . . . . .	66
Últimas lamentaciones de Abel Martín . . . . .	67
Otras canciones a Guiomar . . . . .	69

#### POESÍA DE GUERRA

La muerte del niño herido . . . . .	73
A Lister . . . . .	74
¡Madrid, Madrid! . . . . .	75
El crimen fue en Granada . . . . .	76



# PRÓLOGO

## LA PERSONALIDAD DE ANTONIO MACHADO

A veces es muy útil que el antólogo aproveche la selección de la obra de un poeta famoso para iluminar los aspectos más desconocidos de su mundo literario, las voces y los matices que suelen quedar en segunda o tercera línea cuando se hace el retrato del autor. Es una buena forma de enriquecer la sabiduría de lo ya conocido y de iluminar la multiplicidad de caracteres, de rincones e incluso de personajes que cada autor, como cada lector, lleva dentro de sí mismo. Confieso que no he querido asumir esta perspectiva a la hora de seleccionar algunos poemas de Antonio Machado porque considero que su vida y su obra han configurado una imagen compartida, pública, autorizada por nuestra educación sentimental. Antonio Machado es lo más parecido a un poeta cívico que puede encontrarse en la literatura española, de ahí que en esta antología se recojan los poemas más conocidos de su obra, los que hemos aprendido de memoria en el colegio, escuchado en la voz de nuestros cantautores y citado en nuestra conversación o en nuestras intervenciones públicas.

Aunque el poeta huyese de un biografismo anecdótico, la poesía de Machado da cuenta de su vida y de su historia por propia decisión. Como él se rio de los que se empeñaban en separar la experiencia humana de

Dante, su personalidad histórica, de los versos del poeta florentino, nosotros tenemos permiso machadiano para no tomarnos en serio a los que quieren separar los versos de don Antonio, los poemas memorables que escribió, de su bastón, su sombrero y sus pasos por la vida. Antonio Machado quiso dar cuenta de sus intuiciones, buscó una voz humana personal, y el camino cordial de su introspección acabó representando lo más vivo de la sociedad y la tradición españolas, su moral progresista en el último tercio del siglo XIX y en el primero del siglo XX.

El poeta de su primer libro, *Soledades* (1903), corregido y aumentado después con el título de *Soledades. Galerías. Otros poemas* (1907), escribe acerca de un patio, una tarde clara y los frutos de un limonero sumergidos en el agua de una fuente para recordar con serenidad la inocencia inevitablemente perdida. El libro no se puede separar del Antonio Machado que viaja a Sevilla, cerca ya de la madurez, y visita el palacio de las Dueñas, donde había nacido el 26 de julio de 1875. No duda en elegir los elementos y las galerías interiores de su poética simbolista entre los propios recuerdos infantiles:

Sí, te recuerdo, tarde alegre y clara,  
casi de primavera,  
tarde sin flores, cuando me traías  
el buen perfume de la hierbabuena,  
y de la buena albahaca,  
que tenía mi madre en las macetas.

Que tú me viste hundir mis manos puras,  
en el agua serena,

para alcanzar los frutos encantados  
que hoy en el fondo de la fuente sueñan...

Sí, te conozco, tarde alegre y clara,  
casi de primavera.

Cuando publique su famoso “Retrato”, en 1908, en el periódico *El Liberal*, y nos hable de sus gotas de sangre jacobina y de su deseo moral de entender la vida como un diálogo con la propia conciencia, estará reconociendo al niño que con 8 años se trasladó a Madrid y se educó por tradición familiar en la Institución Libre de Enseñanza, bajo el magisterio de Francisco Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío. Y cuando declare con orgullo que el poeta acude a su trabajo y paga con su dinero el pan que lo alimenta, no sólo tomará distancia ante la algarabía bohemia y el esteticismo hueco, sino que también recordará al hombre que, después de acabar el bachillerato a los 25 años, ha conseguido por fin una plaza de profesor en el Instituto de Soria, de la que había tomado posesión en mayo en 1907, a los 32.

La aparición de su segundo libro *Campos de Castilla* (1912), transforma en verso las ideas regeneracionistas que lo acercan, al mismo tiempo, a la voz política y a la necesidad de conocer las tierras y el folklore de España. El poeta que describe los campos nacionales con un verso duro “Castilla miserable, ayer dominadora, / envuelta en sus arrapos desprecia cuanto ignora”, es el mismo profesor que escribe en *El porvenir castellano* el artículo “Sobre pedagogía” (1913):

Mientras no se descienda a estudiar al hombre de campo, no acabaremos de explicarnos los más rudimenta-

rios fenómenos de la vida española. De los elementos que nos empujan —no dirigen porque no pueden dirigir lo inconsciente—, que nos mueven o nos arrastran a un porvenir catastrófico, están ausentes las huellas de la ciudadanía. Ambos son campesinos. Estos elementos son la política y la Iglesia o por decirlo más claramente, los caciques y los curas.

La conciencia crítica es parte fundamental de su poética. Pero en el libro está presente también el ser humano que se identifica con el paisaje de Soria, porque allí ha recibido por fin la visita del amor verdadero, una muchacha de 15 años, llamada Leonor, con la que se casa en julio en 1909. Más importante incluso que la tierra donde se nace a la vida es la tierra donde se nace al amor, y por eso aprende a describir los paisajes de Soria como quien habla del propio corazón, la intimidad que los lleva dentro. Pero esto no encierra al mundo en el interior del poeta, sino que provoca una dialéctica de apertura a la realidad. La capacidad descriptiva se carga así de sentido en un proceso que va apoderándose del mundo exterior:

Es la tierra de Soria, árida y fría.  
Por las colinas y las sierras calvas,  
verdes pradillos, cerros cenicientos,  
la primavera pasa  
dejando entre las hierbas olorosas  
sus diminutas margaritas blancas.

La tierra no revive, el campo sueña.  
Al empezar abril está nevada,

la espalda del Moncayo;  
el caminante lleva en su bufanda  
envueltos cuello y boca, y los pastores  
pasan cubiertos con sus luengas capas.

Pero el poeta acaba llevándose esos campos dentro del corazón cuando la desgracia cae sobre su vida: Leonor enferma y muere de tuberculosis, y él pide un cambio de destino a Baeza, en Andalucía, en donde vive entre 1912 y 1919. Allí seguirá creciendo el libro *Campos de Castilla*, igual que los álamos, las encinas y los olivos, con poemas en los que conviven los pasajes evocados de la felicidad perdida y las nuevas realidades andaluzas por las que pasea como un meditador solitario. En Soria mientras esperaba el restablecimiento de Leonor, se había atrevido a escribir un poema a las hojas verdes que brotaban de un olmo seco. Ya en Baeza, sometido por los abismos trágicos de la vida y la muerte, acentúa sus meditaciones filosóficas, necesita más que nunca vivirse por dentro, pero no olvida su diálogo permanente con la realidad:

Heme aquí ya, profesor  
de lenguas vivas (ayer  
maestro del gay-saber,  
aprendiz del rui señor)  
en un pueblo húmedo y frío,  
destartalado y sombrío,  
entre andaluz y manchego.  
Invierno. Cerca del fuego.

La dureza de algunas alusiones no debe entenderse sólo como una toma de postura particular sobre los

lugares en donde le toca vivir, sino como una consecuencia de su espíritu crítico ante un país de “charanga y pandereta”, que se hunde en la propia agonía de sus crisis, sin atreverse a apostar por una vida nueva. Esa crítica permanente en sus meditaciones rurales surge también ahora en su propia tierra, como distancia consciente de una fe que inmoviliza y hace imposible la búsqueda de nuevas formas de vida:

¡Oh, la saeta, el cantar  
al Cristo de los gitanos,  
siempre con sangre en las manos,  
siempre por desenclavar!  
¡Cantar del pueblo andaluz,  
que todas las primaveras  
anda pidiendo escaleras  
para subir a la cruz!  
¡Cantar de la tierra mía,  
que echa flores,  
al Jesús de mi agonía,  
y es la fe de mis mayores!  
¡Oh, no eres tú mi cantar!  
No puedo cantar, ni quiero  
a ese Jesús del madero,  
sino al que anduvo en la mar!

Al afirmar que no es su cantar, no dice que ese cantar haya dejado de ir con él. Es el cantar de la “tierra mía” y de la “fe de mis mayores”. O sea que se trata más bien de un acto de conciencia, de voluntaria responsabilidad, el no querer y no poder, que lo distancia de la exaltación de la agonía, a favor de una vida nueva que

debe caminar, obrar, conseguir lo que parece imposible. La toma de postura de Machado tiene especial importancia cuando se produce en el cantar del pueblo, en el folclor, porque cada vez está más convencido de que los sentimientos individuales pertenecen a la historia y son inseparables de una sabiduría colectiva. Su tercer libro *Nuevas canciones* (1924), aparecido cuando trabajaba como profesor en el Instituto de Segovia a donde llega en 1919, presta especial atención al cancionero tradicional. Es emocionante que el poeta que indaga en el folclor y en la lírica popular recuerde a su padre Antonio Machado y Álvarez, *Demófilo*, investigador de los *Cantes flamencos*. Más viejo ya que su padre, el poeta lo recuerda trabajando en su despacho del Palacio de las Dueñas en un soneto conmovedor:

Esta luz de Sevilla... Es el palacio  
donde nací con su rumor de fuente.  
Mi padre, en su despacho. —La alta frente,  
la breve mosca, y el bigote lacio—.

Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea  
sus libros y medita. Se levanta;  
va hacia la puerta del jardín. Pasea.  
A veces habla solo, a veces canta.

La anécdota de hablar solo y de cantar, además del recuerdo infantil de una escena cotidiana, se carga de significado cuando nos acordamos del poema “Retrato”: “[...] quien habla solo espera hablar a Dios un día”, y cuando pensamos en la significación del *cantar colectivo*, la sabiduría social hecha sentimiento cordial en

el individuo, cada vez más decisiva en la poética de Machado. Llegará a afirmar que al escribir poesía hace *autofolklore*. Muchas de las reflexiones que protagonizan sus heterónimos Abel Martín y Juan de Mairena, que toman cuerpo en *De un cancionero apócrifo*, incorporado en la edición de *Poesías completas* (1928), defienden la palabra temporal y los universales del sentimiento, distanciándose de una poesía joven que había apostado por la metáfora conceptual y por una depuración racionalista de las identidades, procedimiento estético aprendido de Juan Ramón Jiménez. No se sintió cómodo Machado con la exaltación gongorina, el barroco y la defensa de la metáfora capitaneada por los jóvenes de la Generación del 27.

Junto a los consejos, coplas y sonetos que mantienen la inercia de la canción y que se prestan a las meditaciones intelectuales, *De un cancionero apócrifo* recoge también los poemas a Guiomar:

en el nácar frío  
de tu zarcillo en mi boca,  
Guiomar, y en el calofrío  
de una amanecida loca;

Aunque se trató de un amor sin fortuna, porque Pilar de Valderrama era casada y muy conservadora, las relaciones secretas de la pareja se hicieron casi cotidianas cuando Machado se trasladó a Madrid en 1931 para dar clases en el Instituto Calderón de la Barca, uno de los nuevos que puso en pie el gobierno de la República. El poeta que había firmado en 1926 el manifiesto de la Alianza Republicana y que había presi-



dido en Segovia la proclamación de la Segunda República, se identificó con su moral política y se mantuvo leal a sus principios cuando en 1936 los militares golpistas provocaron la Guerra Civil.

Invitado por el gobierno a abandonar Madrid en noviembre de 1936 porque la ciudad sufría una situación bélica muy difícil, viaja con parte de su familia a Valencia y se instala en una casa a las afueras de Rocafort. Allí vivirá hasta que, siguiendo la suerte de la República, debe trasladarse a Barcelona y luego salir de España en enero de 1939. Durante los años del conflicto escribe emotivos poemas de guerra, y denuncia, por ejemplo, el crimen sufrido por García Lorca; retrata la muerte de un niño herido o evoca la tradición renacentista de la espada y la pluma cuando homenajea a Lister, jefe de los ejércitos del Ebro: “Si mi pluma valiera tu pistola/ de capitán, contento moriría”. En el “Retrato” de *Campos de Castilla* había confesado que, fiel a la experiencia humana, le gustaría dejar sus versos clásicos o románticos como deja el capitán su espada: “famosa por la mano viril que la blandiera/ no por el docto oficio del forjador preciada”. Las urgencias descarnadas le hacen ahora dar otra vuelta de tuerca. Hubiese deseado ser útil no sólo como poeta cívico que acude a su trabajo, sino como un capitán capaz de defender a su país con las armas en la mano. Una sensación muy parecida tuvo Rafael Alberti que, en medio de la guerra y ante las sucesivas derrotas del ejército popular, pidió balas en vez de palabras. Juan de Mairena había escrito que tomar partido suponía una responsabilidad moral inevitable, que obligaba en ocasiones a caminar por un sendero de renunciadas íntimas.

Antonio Machado murió el 22 de febrero de 1939, en una habitación del hotel Bougnol-Quintana de Colliure. Su hermano José encontró en el bolsillo de su gabán un último verso: “Estos días azules y este sol de la infancia”. Los días aún pacíficos del Mediterráneo francés le habían recordado su infancia y la luz de Sevilla.

### LA AVENTURA POÉTICA

En efecto, la historia cívica de Antonio Machado, que representó los valores de la tradición progresista española en la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX, hizo posible que se convirtiera en un poeta nacional. Valgan como ejemplo, entre las muchas evocaciones posibles, estas palabras del escritor granadino Francisco Ayala, que había salido de España por la misma frontera y casi al mismo tiempo que el poeta. Pertenecen a un artículo publicado en su exilio argentino con el título “Antonio Machado: el poeta y la patria” (1944), en el que identificaba ya los destinos del escritor y de la sociedad española:

No sé; pero al repasar con ocasión de las primeras ediciones póstumas la obra de Antonio Machado y recordar también el paso de la vida del poeta, no he podido sustraerme a la impresión de que su figura alta, pensativa y derrotada representa, vista ahora a la luz de su muerte, toda la nobleza y todo el dolor de su patria.

Además de la importante significación humana de Machado, conviene destacar también la singularidad

fructífera de su aventura poética. Bajo su aparente sencillez, el poeta asumió una de las indignaciones más personales en el panorama lírico del siglo xx. Educado estéticamente bajo la rebeldía juvenil del modernismo, pronto sintió la necesidad de apostar por sus territorios menos formalistas, acercándose a una lírica de estirpe simbolista. Él mismo lo confiesa así en el prólogo de sus *Páginas escogidas* (1917) a propósito de *Soledades*:

Por aquellos años Rubén Darío, combatido hasta el escarnio por la crítica al uso, era el ídolo de una selecta minoría. Yo también admiraba al autor de *Prosas profanas*, el maestro incomparable de la forma y de la sensación, que más tarde nos reveló la hondura de su alma en *Cantos de vida y esperanza*. Pero yo pretendí —y reparar en que no me jacto de éxito, sino de propósitos— seguir camino bien distinto. Pensaba yo que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones, sino una honda palpitación del espíritu; lo que pone el alma, si es que pone, o lo que dice, si es que algo dice, con voz propia, en respuesta animada del contacto del mundo.

Algunos escritores, reinventan su propia estética al recordarla, pero este no es el caso de Machado. Si volvemos a leer sus dos ediciones de *Soledades* puede comprobarse su afán por evitar el parnasianismo y los versos más retóricos de la forja modernista. Prefiere la estirpe simbolista de Bécquer y Verlaine, el deseo de expresar los estados más profundos del alma a través de símbolos que conviertan la realidad en una alegoría ín-

tima. La tarde, la fuente, la lluvia, sugieren en los poemas de Antonio Machado “una honda palpitación del espíritu”, a través de imágenes más alusivas que elocuentes:

Cantaban los niños  
canciones ingenuas,  
de un algo que pasa  
y nunca llega:  
la historia confusa  
y clara la pena.

Pero ya en las *Soledades* empieza el poeta a inquietarse por los peligros del subjetivismo, del verso ensimismado, hasta el punto de formular a la noche, como ámbito lírico extremo, una pregunta cargada de sentido:

Dime, si sabes, vieja amada, dime,  
si son mías las lágrimas que vierto.

La poesía subjetiva tiende a expresar una intimidad esencial, pura, que se define por oposición a la realidad y la historia. Machado se atreve a poner en duda esa estirpe simbolista y sugiere que tal vez no seamos dueños absolutos de nuestras propias lágrimas. Lo que se entiende por verdad esencial puede ser una interiorización de la experiencia histórica. Desde ahí procura buscar lo que hay en sí mismo de diálogo inevitable con los otros. Por eso matiza en su prólogo de 1917 a *Soledades*:

Y aún pensaba que el hombre puede sorprender algunas palabras de un íntimo monólogo, distinguiendo la voz viva de los ecos inertes, que puede también, mi-

rando hacia adentro, vislumbrar las ideas cordiales, los universales del sentimiento.

Antonio Machado intenta huir del ensimismamiento, pero sin traicionar su propia individualidad. La tradición simbolista, aunque tendamos a olvidarlo, respetaba sobre todo los ecos, las sugerencias, el halo de la depuración. Por eso debe tomarse como todo un programa de ruptura estética el ejercicio de pararse a distinguir *las voces y los ecos*:

Desdeño la romanza de los tenores huecos  
y el coro de los grillos que cantan a la luna.  
A distinguir me paro las voces de los ecos  
y escucho solamente, entre las voces, una.

Distanciarse de los tenores huecos era fácil en 1908. Más difícil iba a resultar alejarse de los poetas demasiado llenos de sí mismos. Había muchas direcciones planteadas en los procesos de divinización del yo. Frente a los que apuestan por una poética deshumanizada, conceptual, en busca de una identidad que se borra en las manos de los valores universales de la razón, Machado habla del sentimiento como un lugar histórico que posibilita el encuentro. Pretende huir de la sacralización del poeta, de las novedades pasajeras, del subjetivismo. Su camino atiende a razones éticas y estéticas. El lirismo simbolista le parece un horizonte cultural propio de una economía social egoísta, y llega a afirmar que los poetas exhiben las grandezas de su corazón con la misma soberbia que gasta el burgués enriquecido a la hora de enseñar sus palacios y sus queridas.

Antonio Machado intenta abrirse entonces a una poesía realista, en la que no sólo sea posible la crítica social aconsejada por el regeneracionismo, sino la búsqueda dialéctica de unas intuiciones y unos sentimientos personales en constante diálogo con los otros. El poder descriptivo de alguno de los mejores poemas de *Campos de Castilla* consigue al mismo tiempo nombrar de modo literal la realidad y exponer pudorosamente a la intimidad del poeta, la relación del hombre con su tiempo, a través de un lenguaje comedido, unas cuantas palabras verdaderas.

Los caminos que sigue Machado, con mayor o menor fortuna, procuran sostener esa apuesta. Aunque los tiempos invitaban a la metáfora gongorina, el conceptualismo o la irracionalidad vanguardista, supo mantener su postura con una lucidez teórica poco común en nuestra poesía. Puso los dedos en las llagas decisivas y sugirió que las nuevas voces líricas necesitaban descubrir una nueva sentimentalidad, unos nuevos valores:

Una nueva sensibilidad sería un hecho biológico muy difícil de observar y que, tal vez, no sea apreciable mediante la vida de una especie zoológica. Nueva sentimentalidad suena peor y, sin embargo, no me parece un desatino. Los sentimientos cambian a través de la historia y aún durante la vida de un individuo. En cuanto resonancias cordiales de los valores en boga, los sentimientos varían cuando estos valores se desdoran, enmohecen o son sustituidos por otros.

Son palabras escritas en 1932, para el “Proyecto de un Discurso de ingreso de la Academia Española”.

En los debates teóricos sobre la poesía supo abrir una nueva perspectiva fundamental para la evolución posterior de la lírica española. Los poetas que quisieron huir del conceptualismo, ya fuese por voluntad social o por una necesidad ética de conocimiento personal, encontraron los caminos abiertos por Machado y por sus heterónimos. Los tonos coloquiales, la música del pensamiento, la aproximación de la poesía a la vida cotidiana, la exigencia moral, habían aparecido con raíz honda en el camino. El poeta no se conformó con el utilitarismo, que tantas veces nos obliga a comulgar con ruedas de molino, ni con la sacralización del subjetivismo. Quiso soñar con los ojos abiertos, unir el sentimiento y la lucidez:

Tras el vivir y el soñar  
está lo que más importa:  
despertar.

LUIS GARCÍA MONTERO





# SOLEDADES

## EL VIAJERO

Está en la sala familiar, sombría,  
y entre nosotros, el querido hermano  
que en el sueño infantil de un claro día  
vimos partir hacia un país lejano.

Hoy tiene ya las sienas plateadas,  
un gris mechón sobre la angosta frente,  
y la fría inquietud de sus miradas  
revela un alma casi toda ausente.

Deshójanse las copas otoñales  
del parque mustio y viejo.  
La tarde, tras los húmedos cristales,  
se pinta, y en el fondo del espejo.

El rostro del hermano se ilumina  
suavemente. ¿Floridos desengaños  
dorados por la tarde que declina?  
¿Ansias de vida nueva en nuevos años?

¿Lamentará la juventud perdida?  
Lejos quedó —la pobre loba— muerta.  
¿La blanca juventud nunca vivida  
teme, que ha de cantar ante su puerta?

¿Sonríe al sol de oro  
de la tierra de un sueño no encontrada;  
y ve su nave hender el mar sonoro,  
de viento y luz la blanca vela hinchada?

Él ha visto las hojas otoñales,  
amarillas, rodar, las olorosas  
ramas del eucalipto, los rosales  
que enseñan otra vez sus blancas rosas...

Y este dolor que añora o desconfía  
el temblor de una lágrima reprime,  
y un resto de viril hipocresía  
en el semblante pálido se imprime.

Serio retrato en la pared clarea  
todavía. Nosotros divagamos.  
En la tristeza del hogar golpea  
el tictac del reloj. Todos callamos.

HE ANDADO muchos caminos  
he abierto muchas veredas;  
he navegado en cien mares  
y atracado en cien riberas.

En todas partes he visto  
caravanas de tristeza,  
soberbios y melancólicos  
borrachos de sombra negra,

y pedantones al paño  
que miran, callan y piensan  
que saben, porque no beben  
el vino de las tabernas.

Mala gente que camina  
y va apestando la tierra...

Y en todas partes he visto  
gentes que danzan o juegan,  
cuando pueden, y laboran  
sus cuatro palmos de tierra.

Nunca, si llegan a un sitio  
preguntan a dónde llegan.  
Cuando caminan, cabalgan  
a lomos de mula vieja,

y no conocen la prisa  
ni aún en los días de fiesta.  
Donde hay vino, beben vino,  
donde no hay vino, agua fresca.

Son buenas gentes que viven,  
laboran, pasan y sueñan,  
y un día como tantos,  
descansan bajo la tierra.

## EN EL ENTIERRO DE UN AMIGO

Tierra le dieron una tarde horrible  
del mes de julio, bajo el sol de fuego.

A un paso de la abierta sepultura,  
había rosas de podridos pétalos,  
entre geranios de áspera fragancia  
y roja flor. El cielo  
puro y azul. Corría  
un aire fuerte y seco.

De los gruesos cordeles suspendido,  
pesadamente, descender hicieron  
el ataúd al fondo de la fosa  
los dos sepultureros...

Y al reposar sonó con recio golpe,  
solemne, en el silencio.

Un golpe de ataúd en tierra es algo  
perfectamente serio.

Sobre la negra caja se rompían  
los pesados terrones polvorientos...

El aire se llevaba  
de la honda fosa el blanquecino aliento.

—Y tú, sin sombra ya, duerme y reposa,  
larga paz a tus huesos...

Definitivamente,  
duerme un sueño tranquilo y verdadero.

## RECUERDO INFANTIL

Una tarde parda y fría  
de invierno. Los colegiales  
estudian. Monotonía  
de lluvia tras los cristales.

Es la clase. En un cartel  
se representa a Caín  
fugitivo, y muerto Abel,  
junto a una mancha carmín.

Con timbre sonoro y hueco  
truenan el maestro, un anciano  
mal vestido, enjuto y seco,  
que lleva un libro en la mano.

Y todo un coro infantil  
va cantando la lección:  
“mil veces ciento, cien mil;  
mil veces mil, un millón”.

Una tarde parda y fría  
de invierno. Los colegiales  
estudian. Monotonía  
de la lluvia en los cristales.

Yo voy soñando caminos  
de la tarde. ¡Las colinas  
doradas, los verdes pinos,  
las polvorientas encinas!...  
¿Adónde el camino irá?  
Yo voy cantando, viajero  
a lo largo del sendero...  
—la tarde cayendo está—.  
“En el corazón tenía  
la espina de una pasión;  
logré arrancármela un día:  
ya no siento el corazón”.

Y todo el campo un momento  
se queda, mudo y sombrío,  
meditando. Suena el viento  
en los álamos del río.

La tarde más se oscurece;  
y el camino que serpea  
y débilmente blanquea,  
se enturbia y desaparece.

Mi cantar vuelve a plañir:  
“Aguda espina dorada,  
quién te pudiera sentir  
en el corazón clavada”.



SOBRE la tierra amarga,  
caminos tiene el sueño  
laberínticos, sendas tortuosas,  
parques en flor y en sombra y en silencio;

criptas hondas, escalas sobre estrellas;  
retablos de esperanzas y recuerdos.  
Figurillas que pasan y sonríen  
—juguetes melancólicos de viejo—;

imágenes amigas,  
a la vuelta florida del sendero,  
y quimeras rosadas  
que hacen camino... lejos...

## CAMPO

La tarde está muriendo  
como un hogar humilde que se apaga.

Allá, sobre los montes,  
quedan algunas brasas.

Y ese árbol roto en el camino blanco  
hace llorar de lástima.

¡Dos ramas en el tronco herido, y una  
hoja marchita y negra en cada rama!

¿Lloras?... Entre los álamos de oro,  
lejos, la sombra del amor te aguarda.

# CAMPOS DE CASTILLA

## RETRATO

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,  
y un huerto claro donde madura el limonero;  
mi juventud, veinte años en tierras de Castilla;  
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido  
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—,  
mas recibí la flecha que me asignó Cupido,  
y amé cuanto ellas puedan tener de hospitalario.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,  
pero mi verso brota de manantial sereno;  
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,  
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética  
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;  
mas no amo los afeites de la actual cosmética,  
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

Desdeño las romanzas de los tenores huecos  
y el coro de los grillos que cantan a la luna.  
A distinguir me paro las voces de los ecos,  
y escucho solamente, entre las voces, una.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera  
mi verso, como deja el capitán su espada:  
famosa por la mano viril que la blandiera,  
no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo  
—quien habla solo espera hablar a Dios un día—;  
mi soliloquio es plática con ese buen amigo  
que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.  
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago  
el traje que me cubre y la mansión que habito,  
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje,  
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,  
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,  
casi desnudo, como los hijos de la mar.

## CAMPOS DE SORIA

### I

Es la tierra de Soria árida y fría.  
Por las colinas y las sierras calvas,  
verdes pradillos, cerros cenicientos,  
la primavera pasa  
dejando entre las hierbas olorosas  
sus diminutas margaritas blancas.

La tierra no revive, el campo sueña.  
Al empezar abril está nevada  
la espalda del Moncayo;  
el caminante lleva en su bufanda  
envueltos cuello y boca, y los pastores  
pasan cubiertos con sus luengas capas.

### V

La nieve. En el mesón al campo abierto  
se ve el hogar donde la leña humea  
y la olla al hervir borbollonea.  
El cierzo corre por el campo yerto,  
alborotando en blancos torbellinos  
la nieve silenciosa.  
La nieve sobre el campo y los caminos,  
cayendo está como sobre una fosa.

Un viejo acurrucado tiembla y tose  
cerca del fuego; su mechón de lana  
la vieja hila, y una niña cose  
verde ribete a su estameña grana.  
Padres los viejos son de un arriero  
que caminó sobre la blanca tierra,  
y una noche perdió ruta y sendero,  
y se enterró en las nieves de la sierra.  
En torno al fuego hay un lugar vacío,  
y en la frente del viejo, de hosco ceño,  
como un tachón sombrío  
—tal el golpe de un hacha sobre un leño—.  
La vieja mira al campo, cual si oyera  
pasos sobre la nieve. Nadie pasa.  
Desierta la vecina carretera,  
desierto el campo en torno de la casa.  
La niña piensa que en los verdes prados  
ha de correr con otras doncellitas  
en los días azules y dorados,  
cuando crecen las blancas margaritas.

## VIII

He vuelto a ver los álamos dorados,  
álamos del camino en la ribera  
del Duero, entre San Polo y San Saturio,  
tras las murallas viejas  
de Soria —barbacana  
hacia Aragón, en castellana tierra—.

Estos chopos del río, que acompañan  
con el sonido de sus hojas secas  
el son del agua, cuando el viento sopla,  
tienen en sus cortezas  
grabadas iniciales que son nombres  
de enamorados, cifras que son fechas.  
¡Álamos del amor que ayer tuvisteis  
de ruseñores vuestras ramas llenas;  
álamos que seréis mañana liras  
del viento perfumado en primavera;  
álamos del amor cerca del agua  
que corre y pasa y sueña,  
álamos de las márgenes del Duero,  
conmigo vais, mi corazón os lleva!

## IX

¡Oh, sí! Conmigo vais, campos de Soria,  
tardes tranquilas, montes de violeta,  
alamedas del río, verde sueño  
del suelo gris y de la parda tierra,  
agria melancolía  
de la ciudad decrepita,  
me habéis llegado al alma,  
¿o acaso estabais en el fondo de ella?  
¡Gentes del alto llano numantino  
que a Dios guardáis como cristianas viejas,  
que el sol de España os llene  
de alegría, de luz y de riqueza!

## A UN OLMO SECO

Al olmo viejo, hendido por el rayo  
y en su mitad podrido,  
con las lluvias de abril y el sol de mayo  
algunas hojas verdes le han salido.

¡El olmo centenario en la colina  
que lame el Duero! Un musgo amarillento  
le mancha la corteza blanquecina  
al tronco carcomido y polvoriento.

No será, cual los álamos cantores  
que guardan el camino y la ribera,  
habitado de pardos ruiseñores.

Ejército de hormigas en hilera  
va trepando por él, y en sus entrañas  
urden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,  
con su hacha el leñador, y el carpintero  
te convierta en melena de campana,  
lanza de carro o yugo de carreta;  
antes que rojo en el hogar, mañana,  
ardas en alguna mísera caseta,  
al borde de un camino;  
antes que te descuaje un torbellino  
y tronche el soplo de las sierras blancas;



antes que el río hasta la mar te empuje  
por valles y barrancas,  
olmo, quiero anotar en mi cartera  
la gracia de tu rama verdecida.  
Mi corazón espera  
también, hacia la luz y hacia la vida,  
otro milagro de la primavera.

*Soria, 1912*

SEÑOR, ya me arrancaste lo que yo más quería.  
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.  
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.  
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

## A JOSÉ MARÍA PALACIO

Palacio, buen amigo,  
¿está la primavera  
vistiendo ya las ramas de los chopos  
del río y los caminos? En la estepa  
del alto Duero, Primavera tarda,  
¡pero es tan bella y dulce cuando llega!...  
¿Tienen los viejos olmos  
algunas hojas nuevas?  
Aún las acacias estarán desnudas  
y nevados los montes de las sierras.  
¡Oh, mole del Moncayo blanca y rosa,  
allá, en el cielo de Aragón, tan bella!  
¿Hay zarzas florecidas  
entre las grises peñas,  
y blancas margaritas  
entre la fina hierba?  
Por esos campanarios  
ya habrán ido llegando las cigüeñas.  
Habrá trigales verdes,  
y mulas pardas en las sementeras,  
y labriegos que siembran los tardíos  
con las lluvias de abril. Ya las abejas  
libarán del tomillo y el romero.  
¿Hay ciruelos en flor? ¿Quedan violetas?  
Furtivos cazadores, los reclamos  
de la perdiz bajo las capas luengas,  
no faltarán. Palacio, buen amigo,  
¿tienen ya ruiseñores las riberas?  
Con los primeros lirios

y las primeras rosas de las huertas,  
en una tarde azul, sube al Espino,  
al alto Espino donde está su tierra...

*Baeza, 29 de abril de 1913*

## LOS OLIVOS

*A Manolo Ayuso*

### I

¡Viejos olivos sedientos  
bajo el claro sol del día,  
olivares polvorientos  
del campo de Andalucía!  
¡El campo andaluz, peinado  
por el sol canicular,  
de loma en loma rayado  
de olivar y de olivar!  
Son las tierras  
soleadas,  
anchas lomas, lueños sierras  
de olivares recamadas.  
Mil senderos. Con sus machos,  
abrumados de capachos,  
van gañanes y arrieros.  
¡De la venta del camino  
a la puerta, soplan vino  
trabucaires bandoleros!  
¡Olivares y olivares  
de loma en loma prendidos  
cual bordados alamares!  
¡Olivares coloridos  
de una tarde anaranjada;

olivares rebruñidos  
bajo la luna argentada!  
¡Olivares centellados  
en las tardes cenicientas,  
bajo los cielos preñados  
de tormentas!...  
Olivares, Dios os dé  
los eneros  
de aguaceros,  
los agostos de agua al pie,  
los vientos primaverales,  
vuestras flores racimadas;  
y las lluvias otoñales  
vuestras olivas moradas.  
Olivar, por cien caminos,  
tus olivitas irán  
caminando a cien molinos.  
Ya darán  
trabajo en las alquerías  
a gañanes y braceros,  
¡oh, buenas frentes sombrías  
bajo los anchos sombreros!...  
¡Olivar y olivaderos,  
bosque y raza,  
campo y plaza  
de los fieles al terruño  
y al arado y al molino,  
de los que muestran el puño  
al destino,  
los benditos labradores,  
los bandidos caballeros,  
los señores

devotos y matuteros!...  
¡Ciudades y caseríos  
en la margen de los ríos,  
en los pliegues de la sierra!...  
¡Venga Dios a los hogares  
y a las almas de esta tierra  
de olivares y olivares!

LLANTO DE LAS VIRTUDES Y COPLAS  
POR LA MUERTE DE DON GUIDO

Al fin, una pulmonía  
mató a don Guido, y están  
las campanas todo el día  
doblando por él ¡din-dan!

Murió don Guido, un señor  
de mozo muy jaranero,  
muy galán y algo torero;  
de viejo, gran rezador.

Dicen que tuvo un serrallo  
este señor de Sevilla;  
que era diestro  
en manejar el caballo  
y un maestro  
en refrescar manzanilla.

Cuando mermó su riqueza,  
era su monomanía  
pensar que pensar debía  
en asentar la cabeza.

Y asentóla  
de una manera española,  
que fue casarse con una  
doncella de gran fortuna;



y repintar sus blasones,  
hablar de las tradiciones  
de su casa,  
a escándalos y amoríos  
poner tasa,  
sordina a sus desvaríos.

Gran pagano,  
se hizo hermano  
de una santa cofradía;  
el Jueves Santo salía,  
llevando un cirio en la mano  
—¡aquel trueno! —,  
vestido de nazareno.  
Hoy nos dice la campana  
que han de llevarse mañana  
al buen don Guido, muy serio,  
camino del cementerio.

Buen don Guido, ya eres ido  
y para siempre jamás...  
Alguien dirá: ¿Qué dejaste?  
Yo pregunto: ¿Qué llevaste  
al mundo donde hoy estás?

¿Tu amor a los alamares  
y a las sedas y a los oros,  
y a la sangre de los toros  
y al humo de los altares?

Buen don Guido y equipaje,  
¡buen viaje!...

El acá  
y el allá,  
caballero,  
se ve en tu rostro marchito,  
lo infinito:  
cero, cero.

¡Oh, las enjutas mejillas,  
amarillas,  
y los párpados de cera,  
y la fina calavera  
en la almohada del lecho!

¡Oh, fin de una aristocracia!  
La barba canosa y lacia  
sobre el pecho;  
metido en tosco sayal,  
las yertas manos en cruz,  
¡tan formal!  
el caballero andaluz.

## PROVERBIOS Y CANTARES

### I

Nunca perseguí la gloria  
ni dejar en la memoria  
de los hombres mi canción;  
yo amo los mundos sutiles,  
ingrávidos y gentiles  
como pompas de jabón.  
Me gusta verlos pintarse  
de sol y grana, volar  
bajo el cielo azul, temblar  
súbitamente y quebrarse.

### XXVI

Poned sobre los campos  
un carbonero, un sabio y un poeta.  
Veréis cómo el poeta admira y calla,  
el sabio mira y piensa...  
Seguramente, el carbonero busca  
las moras o las setas.  
Llevadlos al teatro  
y sólo el carbonero no bosteza.  
Quien prefiere lo vivo a lo pintado  
es el hombre que piensa, canta o sueña.  
El carbonero tiene  
llena de fantasías la cabeza.

XXIX

Caminante, son tus huellas  
el camino, y nada más;  
caminante, no hay camino:  
se hace camino al andar.  
Al andar se hace camino,  
y al volver la vista atrás  
se ve la senda que nunca  
se ha de volver a pisar.  
Caminante, no hay camino,  
sino estelas en la mar.

XXXV

Hay dos modos de conciencia:  
una es luz, y otra, paciencia.  
Una estriba en alumbrar  
un poquito el hondo mar;  
otra, en hacer penitencia  
con caña o red, y esperar  
el pez, como pescador.  
Dime tú: ¿cuál es mejor?  
¿Conciencia de visionario  
que mira en el hondo acuario  
peces vivos,  
fugitivos,  
que no se pueden pescar,  
o esa maldita faena  
de ir arrojando a la arena,  
muertos, los peces del mar?

XLIV

Todo pasa y todo queda;  
pero lo nuestro es pasar,  
pasar haciendo caminos,  
caminos sobre la mar.

XLV

Morir... ¿Caer como gota  
de mar en el mar inmenso?  
¿O ser lo que nunca he sido:  
uno, sin sombra y sin sueño,  
un solitario que avanza  
sin camino y sin espejo?

LIII

Ya hay un español que quiere  
vivir y a vivir empieza,  
entre una España que muere  
y otra España que bosteza.  
Españolito que vienes  
al mundo, te guarde Dios.  
Una de las dos Españas  
ha de helarte el corazón.

## CONSEJOS

Sabe esperar, aguarda que la marea fluya  
—así en la costa un barco— sin que al partir te inquiete.  
Todo el que aguarda sabe que la victoria es suya;  
porque la vida es larga y el arte es un juguete.  
Y si la vida es corta  
y no llega la mar a tu galera,  
aguarda sin partir y siempre espera,  
que el arte es largo y, además, no importa.

## A DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

Como se fue el maestro,  
la luz de esta mañana  
me dijo: Van tres días  
que mi hermano Francisco no trabaja.  
¿Murió? ... Sólo sabemos  
que se nos fue por una senda clara,  
diciéndonos: Hacedme  
un duelo de labores y esperanzas.  
Sed buenos y no más, sed lo que he sido  
entre vosotros: alma.  
Vivid, la vida sigue,  
los muertos mueren y las sombras pasan;  
lleva quien deja y vive el que ha vivido.  
¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!

Y hacia otra luz más pura  
partió el hermano de la luz del alba,  
del sol de los talleres,  
el viejo alegre de la vida santa.  
...Oh, sí, llevad, amigos,  
su cuerpo a la montaña,  
a los azules montes  
del ancho Guadarrama.  
Allí hay barrancos hondos  
de pinos verdes donde el viento canta.  
Su corazón repose  
bajo una encina casta,

en tierra de tomillos, donde juegan  
mariposas doradas...  
Allí el maestro un día  
soñaba un nuevo florecer de España.

*Baeza, 21 de febrero de 1915*



# NUEVAS CANCIONES

## APUNTES

### I

Desde mi ventana,  
¡campo de Baeza,  
a la luna clara!

¡Montes de Cazorla,  
Aznaitín y Mágina!

¡De luna y de piedra  
también los cachorros  
de Sierra Morena!

### II

Sobre el olivar,  
se vio la lechuza  
volar y volar.

Campo, campo, campo.  
Entre los olivos,  
los cortijos blancos.

Y la encina negra,  
a medio camino  
de Úbeda a Baeza.

III

Por un ventanal,  
entró la lechuza  
en la catedral.

San Cristobalón  
la quiso espantar,  
al ver que bebía  
del velón de aceite  
de Santa María.

La Virgen habló:  
Déjala que beba,  
San Cristobalón.

IX

Los olivos grises,  
los caminos blancos.  
El sol ha sorbido  
la color del campo;  
y hasta tu recuerdo  
me lo va secando  
este alma de polvo  
de los días malos.

## PROVERBIOS Y CANTARES

*A José Ortega y Gasset*

### I

El ojo que ves no es  
ojo porque tú lo veas;  
es ojo porque te ve.

### II

Para dialogar,  
preguntad, primero;  
después... escuchad.

### VIII

Hoy es siempre todavía.

### XVII

En mi soledad  
he visto cosas muy claras,  
que no son verdad.

XXIV

Despacito y buena letra:  
el hacer las cosas bien  
importa más que el hacerlas.

XLVI

Se miente más de la cuenta  
por falta de fantasía:  
también la verdad se inventa.

XLIX

¿Dijiste media verdad?  
Dirán que mientes dos veces  
si dices la otra mitad.

LVIII

Creí mi hogar apagado  
y revolví la ceniza...  
Me quemé la mano.

LXXXV

¿Tu verdad? No, la Verdad,  
y ven conmigo a buscarla.  
La tuya, guárdatela.

—¿Mas el arte?...

—¿Es puro juego,  
que es igual a pura vida,  
que es igual a puro fuego.  
Veréis el ascua encendida.

## EL AMOR Y LA SIERRA

Cabalgaba por agria serranía,  
una tarde, entre roca cenicienta.  
El plumizo balón de la tormenta  
de monte en monte rebotar se oía.

Súbito, al vivo resplandor del rayo,  
se encabritó, bajo de un alto pino,  
al borde de la peña, su caballo.  
A dura rienda le tornó al camino.

Y hubo visto la nube desgarrada,  
y, dentro, la afilada crestería  
de otra sierra más lueñe y levantada

—relámpago de piedra parecía—.  
¿Y vio el rostro de Dios? Vio el de su amada.  
Gritó: ¡Morir en esta sierra fría!

ESTA luz de Sevilla... Es el palacio  
donde nací, con su rumor de fuente.  
Mi padre, en su despacho. —La alta frente,  
la breve mosca, y el bigote lacio—.

Mi padre, aun joven. Lee, escribe, hojea  
sus libros y medita. Se levanta;  
va hacia la puerta del jardín. Pasea.  
A veces habla solo, a veces canta.

Sus grandes ojos de mirar inquieto  
ahora vagar parecen, sin objeto  
donde puedan posar, en el vacío.

Ya escapan de su ayer a su mañana;  
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!,  
piadosamente mi cabeza cana.

## DE UN CACIONERO APÓCRIFO

### PRIMAVERAL

Nubes, sol, prado verde y caserío  
en la loma, revueltos. Primavera  
puso en el aire de este campo frío  
la gracia de sus chopos de ribera.

Los caminos del valle van al río  
y allí, junto del agua, amor espera.  
¿Por ti se ha puesto el campo ese atavío  
de joven, oh, invisible compañera?

¿Y ese perfume del habar al viento?  
¿Y esa primera blanca margarita? . . .  
¿Tú me acompañas? En mi mano siento

doble latido; el corazón me grita,  
que en las sienes me asorda el pensamiento:  
eres tú quien florece y resucita.



## ROSA DE FUEGO

Tejidos sois de primavera, amantes,  
de tierra y agua y viento y sol tejidos.  
La sierra en vuestros pechos jadeantes,  
en los ojos los campos florecidos,

pasead vuestra mutua primavera,  
y aun bebed sin temor la dulce leche  
que os brinda hoy la lúbrica pantera,  
antes que, torva, en el camino aceche.

Caminad, cuando el eje del planeta  
se vence hacia el solsticio del verano,  
verde el almendro y mustia la violeta,

cerca la sed y el hontanar cercano,  
hacia la tarde del amor, completa,  
con la rosa de fuego en vuestra mano.

*NEL MEZZO del cammin* pasóme el pecho  
la flecha de un amor intempestivo.  
Que tuvo en el camino largo acecho  
mostróme en lo certero el rayo vivo.

Así un imán que, al atraer, repele  
(¡oh, claros ojos de mirar furtivo!),  
amor que asombra, aguija, halaga y duele,  
y más se ofrece cuanto más esquivo.

Si un grano del pensar arder pudiera,  
no en el amante, en el amor, sería  
la más honda verdad lo que se viera;

y en el espejo de amor se quebraría,  
roto su encanto, y roto la pantera  
de la lujuria el corazón tendría.

ÚLTIMAS LAMENTACIONES  
DE ABEL MARTÍN

Hoy, con la primavera,  
soñé que un fino cuerpo me seguía  
cual dócil sombra. Era  
mi cuerpo juvenil, el que subía  
de tres en tres peldaños la escalera.

—Hola, galgo de ayer. (Su luz de acuario  
trocaba el hondo espejo  
por agria luz sobre un rincón de osario.)

—¿Tú conmigo, rapaz?

—Contigo, viejo.

Soñé la galería  
al huerto de ciprés y limonero;  
tibias palomas en la piedra fría,  
en el cielo de añil rojo pandero,  
y en la mágica angustia de la infancia  
la vigilia del ángel más austero.

La ausencia y la distancia  
volví a soñar con túnicas de aurora:  
firme en el arco tenso la saeta  
del mañana, la vista aterradora  
de la llama prendida en la espoleta  
de su granada.

¡Oh, Tiempo, oh, Todavía  
preñado de inminencias!,  
tú me acompañas en la senda fría,  
tejedor de esperanzas e impacencias.

¡El tiempo y sus banderas desplegadas!  
(¿Yo, capitán? Mas yo no voy contigo.)  
¡Hacia lejanas torres soleadas  
el perdurable asalto por castigo!

Hoy, como un día, en la ancha mar violeta  
hunde el sueño su pétrea escalinata,  
y hace camino la infantil goleta,  
y le salta el delfín de bronce y plata.

La hazaña y la aventura  
cercando un corazón entelerido...  
Montes de piedra dura  
—eco y eco— mi voz ha repetido.

¡Oh, descansar en el azul del día  
como descansa el águila en el viento,  
sobre la sierra fría,  
segura de sus alas y su aliento!

La augusta confianza  
a ti, Naturaleza, y paz te pido,  
mi tregua de temor y de esperanza,  
un grano de alegría, un mar de olvido...

## OTRAS CANCIONES A GUIOMAR

*A la manera de Abel Martín  
y de Juan de Mairena*

### I

¡Sólo tu figura,  
como una centella blanca,  
en mi noche oscura!

¡Y en la tersa arena,  
cerca de la mar,  
tu carne rosa y morena,  
súbitamente, Guiomar!

En el gris del muro,  
cárcel y aposento,  
y en un paisaje futuro  
con sólo tu voz y el viento;

en el nácar frío  
de tu zarcillo en mi boca,  
Guiomar, y en el calofrío  
de una amanecida loca;

asomada al malecón  
que bate la mar de un sueño,  
y bajo el arco del ceño

de mi vigilia a traición,  
¡siempre tú!

                    Guiomar, Guiomar,  
mírame en ti castigado:  
reo de haberte creado,  
ya no te puedo olvidar.

II

Todo amor es fantasía;  
él inventa el año, el día,  
la hora y su melodía;  
inventa el amante y, más,  
la amada. No prueba nada,  
contra el amor, que la amada  
no haya existido jamás.

III

Escribiré en tu abanico:  
te quiero para olvidarte,  
para quererte te olvido.

IV

Te abanicarás  
con un madrigal que diga:  
en amor el olvido pone la sal.

V

Te pintaré solitaria  
en la urna imaginaria  
de un daguerrotipo viejo  
o en el fondo de un espejo,  
viva y quieta,  
olvidando a tu poeta.

VI

Y te enviaré mi canción:  
“Se canta lo que se pierde”,  
con un papagayo verde  
que la diga en tu balcón.

VII

Que apenas si de amor el ascua humea  
sabe el poeta que la voz engola  
y, barato cantor, se pavonea  
con su pesar o enluta su viola;  
y que si amor da su destello, sola  
la pura estrofa suena,  
fuente de monte, anónima y serena.  
Bajo el azul olvido, nada canta,  
ni tu nombre ni el mío, el agua santa.  
Sombra no tiene de su turbia escoria  
limpio metal; el verso del poeta  
lleva el ansia de amor que lo engendrara

como lleva el diamante sin memoria  
—frío diamante— el fuego del planeta  
trocado en luz, en una joya clara...

### VIII

Abre el rosal de la carroña horrible  
su olvido en flor, y extraña mariposa,  
jalde y carmín, de vuelo imprevisible,  
salir se ve del fondo de una fosa.  
Con el terror de víbora encelada,  
junto al lagarto frío  
con el absorto sapo en la azulada  
libélula que vuela sobre el río,  
con los montes de plomo y de ceniza,  
sobre los rubios agros  
que el sol de mayo hechiza,  
se ha abierto un abanico de milagros  
—el ángel del poema lo ha querido—  
en la mano creadora del olvido...



## POESÍA DE GUERRA

### LA MUERTE DEL NIÑO HERIDO

Otra vez en la noche... Es el martillo  
de la fiebre en las sienas bien vendadas  
del niño. —Madre, ¡el pájaro amarillo!  
¡Las mariposas negras y moradas!

—Duerme, hijo mío. —Y la manita oprime  
la madre, junto al lecho. —¡Oh, flor de fuego!  
¿quién ha de helarte, flor de sangre, dime?  
Hay en la pobre alcoba olor de espliego;

fuera, la oronda luna que blanquea  
cúpula y torre a la ciudad sombría.  
Invisible avión moscardonea.

—¿Duermes, oh, dulce flor de sangre mía?  
El cristal del balcón repiquetea.  
—¡Oh, fría, fría, fría, fría, fría!

## A LÍSTER

*Jefe en los ejércitos del Ebro*

Tu carta —oh, noble corazón en vela,  
español indomable, puño fuerte—,  
tu carta, heroico Líster, me consuela,  
de esta, que pesa en mí, carne de muerte.

Fragores en tu carta me han llegado  
de lucha santa sobre el campo ibero;  
también mi corazón ha despertado  
entre olores de pólvora y romero.

Donde anuncia marina caracola  
que llega el Ebro, y en la peña fría  
donde brota esa rúbrica española,

de monte a mar, esta palabra mía:  
“Si mi pluma valiera tu pistola  
de capitán, contento moriría”.

¡MADRID, MADRID!

¡Madrid, Madrid; qué bien tu nombre suena,  
rompeolas de todas las Españas!  
La tierra se desgarrá, el cielo truena,  
tú sonrías con plomo en las entrañas.

## EL CRIMEN FUE EN GRANADA

*A Federico García Lorca*

### I

#### *El crimen*

Se le vio, caminando entre fusiles,  
por una calle larga,  
salir al campo frío,  
aún con estrellas, de la madrugada.  
Mataron a Federico  
cuando la luz asomaba.  
El pelotón de verdugos  
no osó mirarle la cara.  
Todos cerraron los ojos;  
rezaron: ¡ni Dios te salva!  
Muerto cayó Federico  
—sangre en la frente y plomo en las entrañas—.  
...Que fue en Granada el crimen  
sabed —¡pobre Granada—, en su Granada...

### II

#### *El poeta y la muerte*

Se le vio caminar solo con Ella,  
sin miedo a su guadaña.  
—Ya el sol en torre y torre; los martillos  
en yunque y yunque de las fraguas—.

Hablaba Federico,  
requebrando a la muerte. Ella escuchaba.  
“Porque ayer en mi verso, compañera,  
sonaba el golpe de tus secas palmas,  
y diste el hielo a mi cantar, y el filo  
a mi tragedia de tu hoz de plata,  
te cantaré la carne que no tienes,  
los ojos que te faltan,  
tus cabellos que el viento sacudía,  
los rojos labios donde te besaban...  
Hoy como ayer, gitana, muerte mía,  
qué bien contigo a solas,  
por estos aires de Granada, ¡mi Granada!”

### III

Se le vio caminar...

Labrad amigos,  
de piedra y sueño, en la Alhambra,  
un túmulo al poeta,  
sobre una fuente donde llora el agua,  
y eternamente diga:  
el crimen fue en Granada, ¡en su Granada!



*El despertar de la poesía*, de Antonio Machado,  
se terminó de imprimir y encuadernar en febrero de 2020  
en Talleres Gráficos de México, Canal del Norte, 80;  
06280 Ciudad de México.

La edición consta de 4000 ejemplares.

